

Los interlocutores del urbanismo (*)

Por JUAN FERRER MARSAL

Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos

El urbanismo es un proceso complejo en cuyo desarrollo intervienen numerosos enfoques e intereses que es preciso armonizar. Resulta por ello necesario determinar el grado de participación de los diferentes sectores implicados y el momento de su intervención en el proceso, y a ello se dedica el artículo que se presenta a continuación.

Durante el próximo verano va a reunirse en Braga la Asociación Internacional de Urbanistas (AIU), para debatir nuevamente quienes son los que intervienen en el proceso de desarrollo urbanístico (**).

Resulta cuando menos sorprendente que la única asociación de profesionales urbanistas a nivel individual que existe en el mundo, y que cuenta ya con dieciocho años de existencia, se plantee ahora esta cuestión.

Evidentemente, no se trata de una cuestión banal, pues ya el verano pasado, en Amsterdam, fue abordado este tema, centrándose la discusión en los altos niveles del planeamiento (áreas metropolitanas, etc.).

La AIU viene tratando en sus congresos anuales, con curioso acierto y adelanto, todos los temas fundamentales referentes al urbanismo (urbanismo y energía, la formación del urbanista, el renacimiento de la ciudad, ¿un hogar para todo el mundo? Los interlocutores del urbanismo, etc.) y que luego suelen tener notable eco en la sociedad.

Centrándonos en el próximo congreso, puede decirse genéricamente que existe una interrelación *poder político-poder económico-pueblo*, que enmarca todo proceso urbanístico.

El próximo verano y coordinado por la urbanista Adriana Dal Cin, primera española que ostenta el cargo de Repporteur Général, se tratará de desentrañar y analizar los elementos que in-

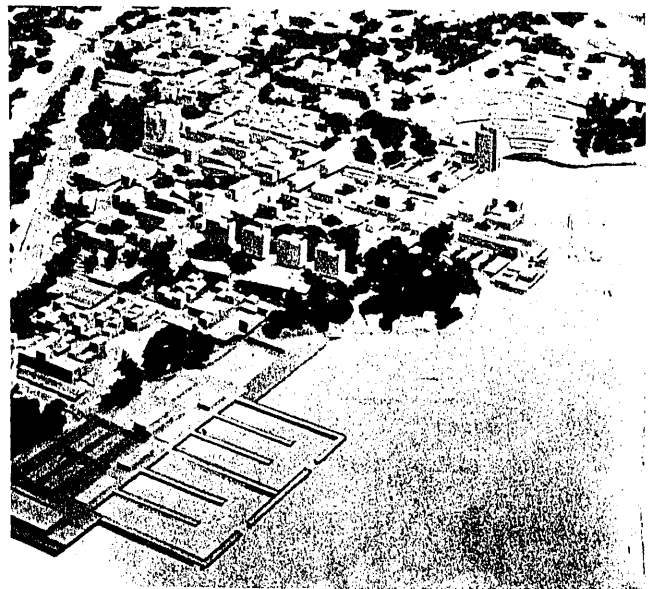
tervienen en el desarrollo urbano, y sus formas de actuar, todo ello concretado para municipios medios (entre 10.000 y 150.000 habitantes).

Como puede imaginarse el tema tiene mayor interés del que se aprecia a primera vista, y es de suponer que en un futuro inmediato la sociedad se replanteará de un modo objetivo los cauces que intervienen en el proceso urbano, concretando la intervención pública o privada en los distintos niveles, etcétera.

Para España, con unos 515 municipios entre 10.000 y 150.000 habitantes, del total de 8.022, el tema tiene su interés.

Tenemos municipios regresivos en trance de desaparición, comarcas enteras deprimidas, municipios de cinturones industriales englobados en áreas metropolitanas, municipios turísticos, mineros, etcétera.

Las conclusiones de este congreso han de



(*) Se admiten comentarios sobre el presente artículo, que podrán remitirse a la Redacción de esta Revista hasta el 31 de diciembre de 1984.

(**) 'Artículo presentado para su publicación en febrero de 1984.

ser interesantes y es de suponer que arrojarán luz sobre el incierto panorama de nuestra profesión.

Asimismo, ha de ser de especial interés para los políticos y responsables de nuestra Administración, ya que cada sistema político o de organización estatal, condiciona al parecer una determinada interrelación entre los elementos que intervienen en el proceso urbanístico, e incluso determinadas formas de gestión.

Sin adelantarnos a las conclusiones del congreso, podemos hacer algunas especulaciones al respecto.

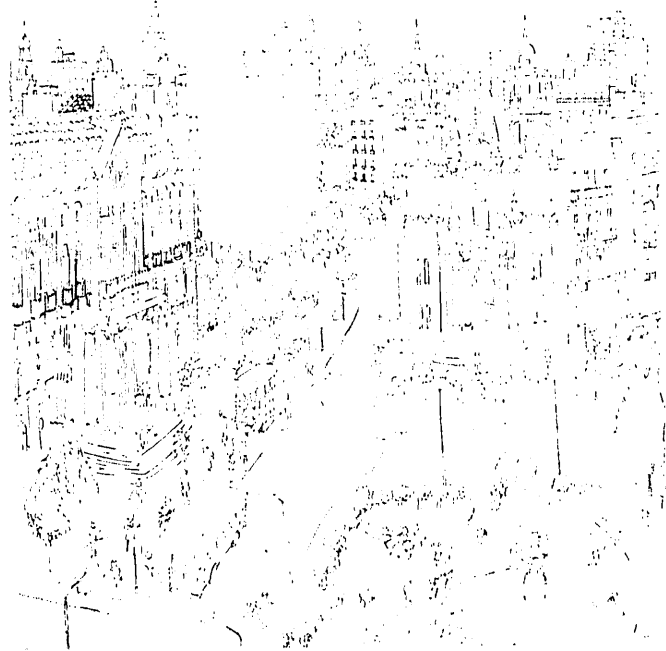
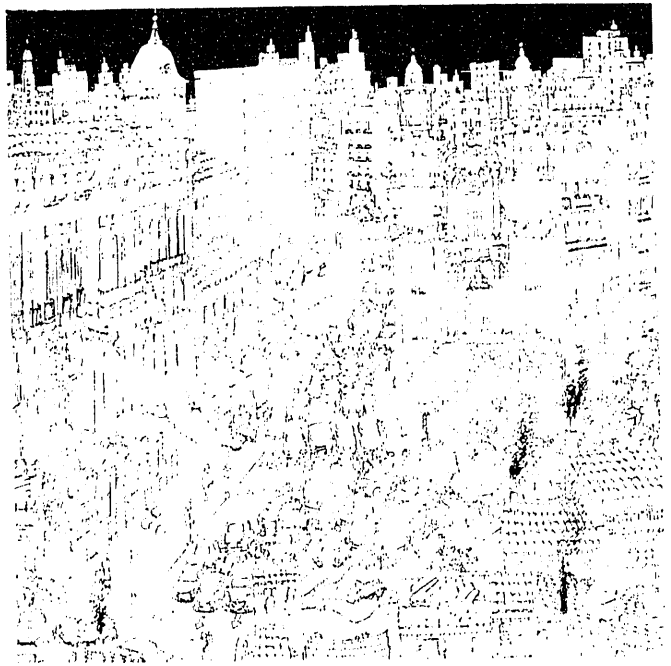
Para situarnos, es preciso retroceder a las bases de la profesión y luego extrapolar a las hipotéticas condiciones del futuro.

El urbanismo puede definirse como la ciencia que se ocupa del *continente* o vasija de la sociedad (urbana), en contra de la sociología y otras ciencias, que se ocupan del *contenido*, es decir, de la sociedad en sí, como conjunto de individuos.

La realización de las ideas urbanas que han perdurado, cuyo cúmulo conforma la historia de la raza humana, corresponde casi siempre a una clase dirigente: reyes, emperadores, etc., que evidentemente tuvieron que contar con técnicos urbanistas y financieros. El pueblo tenía otro tipo de protagonismo, y aquellas sociedades se perpetuaron de ese modo.

Por otro lado, las formaciones urbanas, de agrupamiento de viviendas, desde los orígenes de los tiempos históricos, han tenido un desarrollo más pragmático y adecuado a las necesidades o el consumismo de cada época, fuera del estímulo creativo de los dioses, de los imperios y de los grandes intereses económicos. Es en estas áreas donde la aplicación de técnicas urbanísticas permite unas mejoras sociales, funcionales y estéticas, objetivo fundamental de nuestra profesión. Ya no hay reyes ni emperadores con una actuación directa en los procesos urbanos, pero sí que hay fuerzas políticas, institucionales, económicas y sociales que hay que coordinar y ver en que modo intervienen, siendo este el objetivo del congreso.

La idea de la ciudad ha aparecido general-



mente como una unión de las dos tendencias anteriores.

Es difícil, por no decir imposible, imaginar una «ciudad sin iglesias o monumentos», y es así mismo impropio hablar de una ciudad en un conjunto monumental.

Hay pues en las ciudades elementos contruidos por el poder (político o religioso) para su uso exclusivo, o como exponente de su capacidad creadora (grandes plazas, etc.), y elementos que son fruto de la actividad urbana generali-

zada, que afecta a todos los ciudadanos, en la medida que permite el sistema económico de la sociedad en cuestión.

Es, por tanto, imposible para el urbanista distanciarse de los fenómenos sociales, ya que ha de trabajar directamente en su soporte, y de los órganos de poder, como motores de la sociedad.

Sin embargo, estos no son los únicos condicionantes, y el urbanista habrá de acometer el *diseño y la realización* de unas estructuras urbanas determinadas, que responden a las demandas de cada sociedad, entendiéndolo por supuesto, no sólo las preferencias estéticas o demandas sociales de sus habitantes, sino también los condicionantes energéticos, de defensa, de las infraestructuras, etcétera.

Situaciones sociales distintas dan ciudades distintas y a su vez con factores decisivos distintos.

Muchas ciudades antiguas se han concebido bajo planteamientos religiosos. Más frecuentemente, han imperado objetivos de defensa militar, también variables según las épocas y las técnicas de guerra, que han dado lugar a ciudades abiertas, junto a las comunicaciones, ciudades en las cimas inaccesibles, diseños de defensas amuralladas que condicionan el recinto disponible a la ciudad, etcétera.

Las condiciones de la economía suponen asimismo formas concretas de desarrollo —el mercado como centro y razón de ser de una ciudad medieval—, las calles gremiales, etcétera.

Hoy, la situación militar y económica y social parece inducir a ciudades abiertas, sin fijación de límites. Sin embargo, esta tendencia puede variar y hay quien opina que ya ha empezado a modificarse, al menos en el área europea.

En un futuro, posibles condiciones adversas de dificultad en el transporte de la energía, contaminación generalizada, etc., podrían obligar a reducir el espacio urbano, concentrando la población en áreas restringidas, diseñadas en función de técnicas de uso energético, de protección contra la radiación, etcétera.

En definitiva, el urbanista tendrá que acomodarse en todo momento a unos condicionantes

exteriores, militares, económicos, de protección, etc., para optimizar el espacio urbano y las condiciones de vida pudiendo llegar al extremo de realizar estudios topológicos para la distribución de usos y actividades, en posibles ciudades bajo el mar o en inmensas bases espaciales, como ya nos enseñan los filmes de ciencia ficción.

Por otro lado, es revelador el estudio del urbanismo y su gestión, según los distintos regímenes políticos y grados de desarrollo económico.

Más aún, las formas de las ciudades dependen del sistema político y tenemos un claro ejemplo en las realizaciones grandiosas de épocas imperiales, en los conjuntos de gran número de viviendas prefabricadas en los países del Este o en las ciudades dispersas y de baja densidad de las islas del Caribe.

Todas las observaciones precedentes no han tenido otro objeto que poner de manifiesto los distintos factores que intervienen en las distintas formas de urbanismo. Esta diversidad de formas y actuaciones nos puede dar una idea de los distintos elementos que intervienen en la realización del urbanismo, bajo las distintas situaciones.



La AIU, con su presencia en todos los países del mundo puede ofrecer una visión global mejor que cualquier otra organización.

Los urbanistas cada vez nos estamos convirtiendo más en *gerentes o gestores* del desarrollo urbano, superando las etapas puramente de diseño, y debemos ofrecer a políticos, financieros y los demás interlocutores del proceso urbano una visión clara y real del mismo, de modo que se eviten las pérdidas por planteamientos dogmáticos y teorizantes.

Tras analizar y comparar las distintas situaciones políticas, de desarrollo, climáticas, etc., podremos ofrecer unas pautas generales y óptimas de intervención en este proceso.

Para nuestro país, el Estado como coordinador de toda actividad social y económica (MOPU, Presidencia, Sanidad, etc.), a la vez que como empresario promotor, es evidentemente un interlocutor. Este Estado hará llegar su presencia por el aparato central o por los gobiernos autonómicos.

Asimismo, los ayuntamientos lo son como órganos competentes del ordenamiento municipal y como reguladores de la edificación.

El financiero y promotor, y el urbanista, intervienen indiscutiblemente en el proceso de realización.

La voluntad popular directa tiene su puesto especial en las ciudades, unidad de convivencia con su propia «alma», como adivinó Spengler, y quizá también en la ordenación del espacio urbano, a través de los grupos ecologistas, como avanzadilla de esta toma de conciencia.

El mundo es siempre diverso y, por tanto, es diversa la actividad urbanística. Siempre habrá ciudades mineras, poblados agrícolas, ciudades turísticas, etc., que tendrán una dependencia específica no generalizable.

Al abordar, por ejemplo, uno de los temas candentes en España, cual podría ser la recuperación de ciudades en creciente estado de abandono, caso frecuente en el centro, será preciso buscar en primer lugar, una nueva razón de

ser económica de estas ciudades, seguramente especializada y distinta de la anterior, que solía ser polivalente y autosuficiente, para integrarla en procesos más amplios, posiblemente de ámbito comarcal, en desarrollo de planes de reconversión agrícola, industrial, turísticos o de cualquier otro orden.

Lo quizá tristemente real es que no se pueden recuperar como ciudades-museos esos tres o cuatro mil pueblos españoles en estado de semiabandono, y para abordar estas cuestiones, es imprescindible que desde el primer momento, el urbanista cuente con todos los resortes que han de intervenir en el desarrollo de la idea que inicia.

Por tanto, el problema de buscar a los interlocutores es básico, y en el caso de los ya conocidos, como es el «pueblo», es imprescindible determinar en que grado interviene y en que partes del proceso.

El problema, así planteado, resulta altamente interesante, y desde aquí se hace una invitación a la colaboración, de cara al próximo congreso de Braga.

Juan Ferrer Marsal.



Ingeniero de Caminos por la Universidad de Madrid. Es director de un consulting de Ingeniería y Urbanismo especializado en instalaciones náutico-deportivas, ordenaciones litorales y municipios turísticos. Ha trabajado en la Administración del Estado y en la empresa privada. En la actualidad es Consejero de la delegación española de la Asociación Internacional de Urbanistas, miembro directivo de la Sociedad de Urbanistas Españoles, Vocal de la Cámara de Comercio de Alicante y miembro de la Ponencia Técnica de la Consellería de Obras Públicas y Urbanismo de la comunidad valenciana.

Está interviniendo en la realización de varios puertos deportivos e instalaciones náuticas en el área de Levante.